

Reflexiones sobre desarrollo y educación. A propósito de las ideas de Rodolfo Kusch

Dinorah Motta de Souza

Las teorizaciones respecto del desarrollo que caracterizaron la producción académica latinoamericana durante las décadas del cincuenta y sesenta del Siglo XX no lograron despegarse del pensamiento hegemónico vigente desde mediados del Siglo XIX, por el cual para alcanzar el progreso social los países más pobres debían crecer económicamente con el apoyo del avance científico y tecnológico, y de una educación encargada de transmitir esos logros, formadora de sujetos modernos. Para Rodolfo Kusch se trata de una noción reduccionista del desarrollo que ignora el punto de vista del sujeto que se pretende desarrollar. Cuando los latinoamericanos han tratado de analizar cuales son sus problemas lo han hecho bajo una mirada colonizada. Por eso los convoca a pensarse y pensar el desarrollo desde la condición de americanos. Esta exhortación a la reflexión sobre el desarrollo, inevitablemente nos moviliza a pensar también el papel de la educación y su relación con la ciencia y la cultura.

■ Palabras clave: desarrollo, cultura, educación, interculturalidad

■ Introducción

Tanto la Filosofía como las Ciencias Sociales han manejado el término desarrollo atribuyéndole diversos significados. Para algunos se trata de un vocablo pasado de moda, mientras que para otros debe ser rescatado, por el peso que ha tenido en la producción teórica de la academia en Latinoamérica, básicamente preocupada por explicar y comprender las desigualdades económicas que padecen estas sociedades latinoamericanas.

Según se expresa en la vigésima segunda edición del Diccionario de la Real Academia Española (RAE), desarrollo es la acción y efecto de desarrollar o desarrollarse. Y para la palabra desarrollar reconoce varias acepciones, la que figura en último lugar es la siguiente: Dicho de una comunidad humana: Progresar, crecer económica, social, cultural o políticamente.

Como las comunidades humanas tienen modos diversos de ver el mundo y de relacionarse, esta acepción de la RAE nos genera varias preguntas:

¿Qué implica desarrollarse, progresar y crecer para los países latinoamericanos?

¿Implica lo mismo para todas las culturas?

Preguntarnos por el desarrollo, ¿caso no es preguntarnos también por nuestra identidad? Para impulsar el desarro-

llo, ¿deben ser respetados los valores propios de una cultura, aquellos que identifican a un grupo?

¿Qué papel juega la educación en la promoción del desarrollo?

Algunas respuestas a estas preguntas vamos a buscarlas en los escritos del pensador argentino Rodolfo Kusch (1922-1979), quien ha visualizado alternativas para analizar la realidad latinoamericana, procurando generar categorías teóricas propias, construidas a partir del reconocimiento de las identidades y diversidades culturales.

En este artículo vamos a presentar algunas de sus ideas con la intención de reflexionar sobre los conceptos de desarrollo y educación, que nosotros interpretamos se desprenden de las mismas.

■ Desarrollo, ¿Desde cuándo?

La idea de progreso que manejaron Augusto Comte y John Stuart Mill en el Siglo XIX es antecedente directo de la noción de desarrollo. Augusto Comte anticipaba el cumplimiento de una ley del progreso por la cual los hombres dejarían de lado las preguntas metafísicas para ingresar a un estadio positivo, de la mano de la razón y de la ciencia moderna. Por su parte, Stuart Mill en 1895, sintetizaba los aspectos fundamentales de la Teoría Económica Clásica y reflexionaba acerca de cómo incidía el progreso técnico en el proceso de crecimiento económico, en su obra Principios de la Economía Política.

La idea de desarrollo se instala en Occidente en la década del cuarenta del Siglo XX, y nace asociada a la preocupación por el crecimiento económico.

La llamada Teoría de la Modernización sostenía un modelo único de desarrollo por el cual las sociedades tradicionales debían transformarse en sociedades modernas. Para superar su atraso económico los países retrasados o rezagados debían continuar el modelo de desarrollo propio de los considerados avanzados.

En las décadas del cincuenta y sesenta del Siglo XX se plantea en Latinoamérica el debate respecto al desarrollo cuyos protagonistas estaban vinculados a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Se dieron diferentes explicaciones respecto del desarrollo desigual de los países Latinoamericanos en relación a los llamados avanzados o desarrollados, y sobre las posibilidades de desarrollo de los primeros (la concepción Centro-Periferia y los distintos enfoques de la Teoría de la Dependencia).

En los años noventa reaparece la temática del desarrollo con el Consenso de Washington, a través del cual, desde una concepción unidireccional y unidimensional del mismo, los países desarrollados liderados por Estados Unidos proponen una serie de medidas que deben seguir los países latinoamericanos para lograr el crecimiento económico y, por ende, desarrollarse. El fracaso de estas reformas propuestas por el Consenso de Washington dio lugar a la emergencia de visiones críticas que denunciaron la necesidad de compatibilizar el factor económico con la equidad social. Las mismas caracterizan el desarrollo como un proceso multidimensional y complejo.

Entre las visiones críticas corresponde destacar la del economista y filósofo indio Amartya Sen, ganador del Premio Nóbel de Economía en 1998, quien ha concluido que existe una estrecha vinculación entre democracia, libertad, desarrollo, participación y derechos humanos. Así se fue gestando la idea de que el desarrollo humano solamente puede darse en una sociedad democrática y plural. Para alcanzar el desarrollo económico los interesados deben ser activos demandantes del reconocimiento de sus derechos, porque nadie consigue lo que no demanda¹. Si los individuos conocen sus derechos y desarrollan sus capacidades, pueden reclamar, argumentar, participar en debates e intercambios de ideas. Por eso es importante la educación, para la promoción de esas capacidades.

En Latinoamérica a lo largo del Siglo XX, han surgido pensadores con otras concepciones mucho menos conocidas, y mucho menos reconocidas por la academia, que descartan por insuficientes e impertinentes los fundamentos teóricos dominantes para analizar el desarrollo.

Aún los teóricos más preocupados por la justicia que intervienen en el debate sobre el desarrollo, sostienen una visión reduccionista respecto del mismo, por la cual el desarrollo es una meta posible cuando la ciencia y la tecnología se ponen al servicio del capital para lograr más crecimiento económico. Con diversos énfasis, la idea que se mantiene a lo largo del tiempo es que si se desarrolla la economía, entonces se desarrolla la sociedad.

Estas miradas no logran despegarse del pensamiento hegemónico que está vigente desde el siglo XIX. Por un lado porque los latinoamericanos no han tenido oportunidad de definir cuáles son sus problemas. Cuando lo han hecho, ha sido bajo una mirada colonizada y externa, la de los otros. El desarrollo es concebido desde afuera, sin tener en cuenta el punto de vista del sujeto que se pretende desarrollar. Tal vez para los latinoamericanos desarrollarse no significa integrarse a la llamada sociedad del conocimiento ni desarrollar las capacidades para desenvolverse en ella.

Por eso entendemos que para repensar el desarrollo es oportuno evocar algunas de las ideas expresadas por Rodolfo Kusch.

■ La exhortación a americanizarnos

Para empezar a entender a este filósofo argentino debemos saber que convoca a los americanos, nos convoca, a pensarnos y pensar la realidad desde nuestra condición de americanos (del sur). Atendiendo a esta convocatoria de Kusch vamos a evocar y reflexionar sobre sus ideas como americanos de Sudamérica, en primera persona. En definitiva, se trata de hablar sobre nosotros.

La exhortación de Kusch para americanizarnos, nos enfrenta a una tarea extremadamente compleja, porque tenemos que partir de cero, porque no sabemos nada sobre nosotros mismos, ignoramos lo que somos y lo que nos ocurre. Padecemos de una ceguera que no nos permite vernos. O lo que es peor, tenemos que sacudirnos la mirada impuesta y vernos como somos, porque no solamente la tierra americana fue colonizada, también nuestra mentalidad ha sido colonizada.

1- SEN, Amartya (2000), *Desarrollo y Libertad*, Buenos Aires: Ediciones Planeta.

De otra manera no se explicaría que hoy se da por descontado que para solucionar nuestros problemas –por ende, para alcanzar el desarrollo– los americanos tenemos que aplicar las recetas científicas generadas en otros continentes. Luego de recorrer distintos rincones de América y constatar el fracaso de la aplicación de estas fórmulas, Kusch entendió que la cuestión no radica en la importación de ciencia.

Las categorías de análisis de la realidad americana que se aprecian como legítimas en Sudamérica son las de la ciencia moderna y no es pertinente el modelo científico moderno para comprender lo que sucede en América. Se trata de una importación, de una creación propia de otros contextos y para otros contextos, preocupaciones e intereses. Sin embargo, se presenta como el canon exclusivo para producir saberes legítimos sobre cualquier realidad.

Más allá de los debates epistemológicos que vienen cuestionando ya desde el siglo XIX, al modelo que se transformó en dominante, la característica más notoria de éste es que ha instalado la idea de que el saber es acumulativo y que esa acumulación debe medirse cuantitativamente. Así es que hoy vivimos pendientes de las estadísticas, en un mundo de cantidades. Sin darnos cuenta, dice Kusch, hemos sustituido a los dioses por las leyes físico-matemáticas. Por eso nos propone reivindicar los saberes de los pueblos, de sus vidas cotidianas, darle dignidad y legitimidad a sus experiencias.

Entendemos que con el mismo sentido es que Jorge Larrosa señala que la experiencia *“ha sido menospreciada tanto por la racionalidad clásica como por la racionalidad moderna, tanto en la filosofía como en la ciencia”*. El desorden que la caracteriza, sus misterios, su lenguaje, no tiene lugar en el modelo de ciencia dominante:

“En la ciencia moderna lo que le ocurre a la experiencia es que es objetivada, homogeneizada, controlada, calculada, fabricada, convertida en experimento. La ciencia captura la experiencia y la construye, la elabora y la expone según su punto de vista, desde un punto de vista objetivo, con pretensiones de universalidad. Pero con eso se elimina lo que la experiencia tiene de experiencia y que es, precisamente la imposibilidad de objetivación y la imposibilidad de universalización” (Larrosa, 2009:3)

En síntesis: para Kusch el verdadero problema es la impertinencia de las categorías de la ciencia moderna para analizar la experiencia de lo americano y la carencia de categorías de análisis propias para vernos, y para ver y comprender lo que ocurre en América. Americanizarnos implica una genuina mirada propia, que reivindique nuestra experiencia, nuestra vida cotidiana, lo que somos. Tenemos que volver a las preguntas existenciales, aquellas que despreció la ciencia positivista. Porque, como dice Kusch, hay saberes que están fuera del alcance de la ciencia y que están dentro de la piel. Nos convoca, entonces, a una introspección.

A nuestro entender cuando Kusch alude al modelo de ciencia moderna se refiere al más prestigioso, al modelo hegemónico. Habría que agregar, que en Ciencias Sociales, desde hace tiempo se está investigando y teorizando desde modelos alternativos al dominante, que tienen en cuenta la perspectiva de los sujetos y la dimensión existencial de las relaciones sociales.

■ El enfoque geocultural

“[...] entre ese miedo y la enciclopedia está nuestra piel. Se trata de lo que hay detrás de la piel.”
(Kusch, 1976: 20)

La concepción dominante de ciencia también ha condicionado nuestra forma de ver y relacionarnos con la cultura. Nuestra mentalidad colonizada nos conduce a buscar la cultura en los libros, igual que la ciencia. Desde el siglo XVIII los americanos vivimos en un mundo en el cual *“simulamos culturas que no son nuestras, nos obsesionamos ya no con una cultura occidental, sino con los residuos que ella ha echado sobre nosotros como si fueran al fin de cuentas inocentes hojitas de coca”* (Kusch, 1976: 23).

Hemos internalizado la concepción de cultura propia de la sociedad de consumo. En América el arte no se vive, se consume. En la sociedad capitalista y globalizada de hoy se trata de saber para competir, para ocupar posiciones. Para ser alguien, acumulamos objetos, cosas que están fuera de nosotros. Adoptamos la idea de que de desarrollarse y desarrollarnos tiene que ver con la acumulación de objetos, *“hasta hemos puesto nuestro propio crecimiento en el progreso de las cosas”* (Kusch, 1976: 23).

Reconocer la cultura de los americanos no es posible si los americanos concebimos a la cultura como algo exterior y usamos para referirnos al mundo interior, el lenguaje de las cosas exteriores. *“Nuestro concepto de cultura, como todo lo que concebimos, es siempre algo exterior [...] colocamos bajo el término cultura al quehacer intelectual y artístico que se desarrolla en las ciudades [...] el concepto de cultura se concibe como algo que está ante nuestros ojos”*. (Kusch, 1976: 67). Esto es un obstáculo para americanizarnos. La cosificación de la cultura propia de la ciencia moderna le ha permitido a los sectores dominantes manejar la cultura de otros, en este caso, de nosotros, los americanos.

Kusch hace una interesante distinción entre el estar de los indígenas, y el ser y el hacer de los europeos. Nosotros, los sudamericanos, cumplimos con los mandatos sociales como estudiar, trabajar, casarnos, comprar la casa, y todo lo demás que se nos exige, porque queremos ser alguien. No hacer esto es dejarse estar. Tenemos miedo de estar sentados. Para ser alguien tenemos que hacer cosas. Para ser alguien tenemos que acumular cosas. Simulamos ser libres pero nos hallamos atados a una realidad que no es la nuestra, que es impuesta.

Los academicistas piensan a través de una técnica para pensar, que les permite prever, anticiparse, controlar. Los americanos no pensamos con un pensamiento propio porque ante todo tenemos miedo a lo inesperado. Hemos educado a nuestros jóvenes para prever, para anticiparse, para tener miedo a lo incierto, a lo desconocido, para estar seguros en un mundo que se ha creado para escapar de lo desconocido. Como dice el sociólogo Robert Castel vivimos en sociedades aseguradoras, el universo social se ha organizado en *“la búsqueda sin fin de protecciones o de una búsqueda desenfrenada de seguridad”* (Castel, 2006: 12). Kusch encuentra las raíces de ese miedo en la etapa colonial. El colonizador creó un mundo a su imagen, porque tenía miedo a lo que no conocía. Eso no ha cambiado, por el contrario, se ha instalado en nuestra sociedad, hasta hoy el miedo nos inhibe de buscar el ángulo imprevisto para captar la realidad de nuestro continente.

Por miedo de ver lo americano, nos pusimos al servicio de aquellos que desprecian lo que es propiamente americano, que ha quedado situado en un margen de inferioridad, porque está al margen del progreso y huele mal, frente al progreso que implica este mundo occidental que vivimos, que en cambio, es superior y huele bien. En América vemos dos criterios dispares: el de lo superior, lo pulcro y lo útil, por una parte, y lo inferior, lo sucio e inútil por la otra.

Kusch nos propone adoptar una mirada divergente a la dominante, que supone un enfoque la de la realidad que denomina geocultural, por el cual seamos capaces de abor-

dar lo nuestro, lo americano, integrando no solamente lo geográfico con lo cultural, sino también con lo antropológico, con lo psicológico, con lo económico y con lo ético.

Para ello, debemos procurar la comprensión de nuestra cultura entendida como una totalidad que integra al individuo con el suelo, al ser biológico que es el hombre con su entorno geográfico. Comparte con Spranger que se trata de una entidad vital, una complementación orgánica para el individuo. Por eso también implica un modo de ser, del que no somos totalmente conscientes, porque muchas de las pautas de conducta las vivimos a un nivel preconsciente. Un objeto de la cultura, como un tenedor o un palillo chino, no es solamente un utensilio para comer, también es una forma diferente de ser.

Desde un enfoque interpretativo entiende que no alcanza la mirada exterior, *“para comprender una cultura es necesario el sujeto que ve el sentido como también el que lo crea”*. (Kusch, 1975: 206).

Tampoco se puede separar lo económico de la cultura. Para Kusch la dimensión cultural es lo básico, siendo lo económico una parte de la cultura. La academia ha separado la cultura de la economía, porque es difícil encuadrar la cultura en estadísticas, con las que se resguarda el prestigio de la ciencia económica. Desde esta mirada hegemónica ha jerarquizado la dimensión económica, enfocándose en las necesidades de los pueblos latinoamericanos. Para este filósofo, que vivió gran parte de sus días con pueblos indígenas, en Sudamérica el problema no es dejar comer, sino la dignidad del comer. En toda cultura se da una estrategia mínima para conseguir el alimento, y no por *“darle prioridad a la alimentación habremos de resolver los problemas del mundo. Pero sí habremos de resolverlo si tomamos en cuenta el condicionamiento cultural que implica el hecho de comer.”* (Kusch, 1975: 208). Comemos un etnocidio cuando nos preocupamos por dar de comer, porque sobreviven los hombres y se destruye una cultura.

Hablar de dignidad es hablar de ética. Para conocer esa ética hay que tomar conciencia de las pautas culturales de una cultura. Según Kusch, la relación entre ética y conocimiento, en el pensar culto y en el pensar popular están invertidas. Si el pensamiento popular comienza con una reflexión ética y recién ahí se preocupa por conocer, el pensamiento culto comienza sobre una reflexión sobre el conocimiento, y a partir de ahí recién la reflexión ética.

Mientras que *“en los sectores populares dicen algo, en el sector culto dice cómo”* (Kusch, Rodolfo, 1976: 9). El cómo en el pensar culto supone una técnica. Latinoamérica se ha pensado con técnicas ajenas, no tiene una técnica propia para pensarse. Debe crearla.

Cultura significa lo mismo que cultivo, pero los americanos no sabemos qué cultivar ni donde está la semilla. Los americanos no nos damos cuenta que la semilla, la que debemos cultivar y desarrollar, está de este lado del mundo, en este continente, y que la debemos buscar en nosotros, y no del otro lado del océano.

Por eso Kusch es partidario de pensar la cultura como acción y como decisión. Los americanos tenemos que tomar la decisión cultural de vivir nuestra propia vida plenamente. Para superar las condiciones de dominación tenemos que tratar de analizar cómo se ha configurado nuestra cultura, “que debe ser tomada en cuenta a partir de sus raíces” (Kusch, 1975: 207), desde un enfoque geocultural.

■ El diálogo intercultural

Las propuestas desarrollistas de los años 50' y 60' tenían la pretensión de buscar respuestas americanas a los problemas americanos, pero nunca pudieron superar la visión eurocéntrica del desarrollo. La propuesta desde el inicio fue la transformación del ethos popular.

Cuando se planifica el desarrollo, concebido éste como una meta deseable que se alcanza manipulando variables, no se contempla una dimensión fundamental de este proceso: la autonomía. Lo que se impone es una mirada exterior, aún desde lo educativo, porque se pretende comprender y cambiar al que se ubica en la categoría de desfavorecido, ignorante o subdesarrollado, pero no se lo toma en cuenta. Se parte de un prejuicio: yo sé lo que es el desarrollo, y aquel otro debe ser desarrollado. El desarrollo se transforma en una imposición cultural de sociedades que se presentan como ideales a seguir.

El punto de partida para plantearse el desarrollo es una crítica de la cultura occidental, asumiendo que no hay una cultura que contenga la verdad. El desarrollo no puede plantearse unilateralmente ni desconociendo al sujeto que habita un lugar.

Es necesario reconocerse distinto, y reconocer las diferencias respecto del otro, del habitante de otro lugar, para luego gestar un diálogo intercultural que debe cimentarse sobre bases éticas.

Es entendible que esta perspectiva geocultural genere temor al chauvinismo y a la profundización de la beligerancia entre culturas. Múltiples son los ejemplos de incompreensión y es constatable la tendencia de algunas culturas de juzgar a las demás e imponerse según sus propios criterios, o de presentarse como única o superior, que es lo que pasa con la visión occidental primer mundista. Por eso la perspectiva geocultural afirma la importancia del recono-

cimiento de la diversidad cultural, pero también la necesidad del diálogo intercultural. Al decir de Langón, propone “avanzar en la convivencia a través de distintos logros (lenguajes, racionalidades) que implican también distintas sensibilidades (dia-pathos) y modos de valorar (dia-ethos), a partir de la igualdad reconocida a las diversas culturas.”

■ 3. Reflexiones finales: en torno a desarrollo y educación

“[...] la revolución por las armas es un juego de chicos comparado con la revolución cultural.”
(Kusch, 1976: 71)

“Somos responsables de reconfigurar políticamente el espacio ético de modo tal que no solo nosotros, sino también nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, puedan sentirse humanos, puedan encontrarse reconocidos, valorados y creativos.”

No se puede ser indiferente a lo que ocurre en el lugar que habitamos. Cuando Kusch piensa en quien habita un lugar, quien establece su domicilio, alude al indígena, al campesino, al hombre de campo, mientras que para nosotros hoy es el sujeto que es parte de una realidad cultural, por ejemplo en una institución educativa.

No sabemos qué puede surgir de la revolución cultural que nos propone Kusch, justamente porque la actividad cultural es la única que no deriva en cosas, sino en creaciones. No se trata de ver un objeto y decir que es americano ni de cambiar la cultura oficial y burocrática de la burguesía por otra americana, sino de generar categorías teóricas propias para repensar el desarrollo en América, es decir, reflexionar sobre el desarrollo con justicia desde nuestra realidad latinoamericana.

Se nos ocurre que es necesario pensar cómo debe ser una educación acorde con estas ideas de desarrollo para Latinoamérica. En primer lugar, parece obvio que la educación debe acompañar y contribuir a desarrollar esa perspectiva latinoamericana. Para ello, disciplinas como Filosofía, Antropología, Historia y Sociología, deberían tener una presencia fuerte en los sistemas educativos latinoamericanos, porque son disciplinas que permiten reflexionar, problematizar la realidad, y que pueden convertir el espacio áulico en un espacio fecundo para pensar alternativas posibles de desarrollo desde lo nuestro, lo latinoamericano.

Cada cultura debe gestar su propio modelo de educación. Los modelos extrapolados de otras culturas no forman para aceptar lo diverso, mucho menos para la autonomía.

La concepción de desarrollo dominante enfatiza lo útil, y desarrolla solamente un plano de la racionalidad: la instrumental. Los saberes científico-tecnológicos deberían revisarse incorporando una mirada desde el sur. Debería cambiarse el enfoque de esos saberes abordándolos desde una perspectiva histórica, cuestionadora y crítica.

Hasta hoy se da por supuesto que para desarrollarse la sociedad necesita de un sistema educativo que socialice los resultados de la ciencia moderna, y que sea capaz de superar las diversidades culturales que se visualizan como obstáculos para el desarrollo.

Hoy podemos afirmar que habría cierto consenso en cuanto que la educación debe promover que los individuos construyan con su proyecto de vida, pero también, al referirnos al desarrollo no parece posible dejar de lado el plano colectivo e integrar la dimensión axiológica. La educación debe

procurar que el individuo apueste al desarrollo individual y colectivo.

Para terminar, me parece importante recordar las palabras del pensador cubano Raúl Fornet-Bentancourt que son complementarias del enfoque geocultural de Rodolfo Kusch:

“El respeto y reconocimiento de las culturas tienen que ser vistos, por tanto, como una exigencia ética que apunta, en última instancia, a fundar realmente las condiciones prácticas para que los sujetos de cualquier universo cultural puedan apropiarse, sin consecuencias discriminatorias, las reservas de su tradición de origen como punto de apoyo (histórico, antropológico, que no ontológico) para su propia identidad personal, entendida esta como un permanente proceso de liberación que requiere una tarea de constante discernimiento en el interior mismo del universo cultural con que se identifica cada persona.”

■ Bibliografía

- AROCENA, Rodrigo (1995). La cuestión del desarrollo vista desde América Latina. Una introducción. Montevideo: EUDECI.
- BUSTELO, Pablo (1998). Teorías contemporáneas del desarrollo económico. Madrid: Editorial Síntesis.
- CASTEL, Robert (2006). La inseguridad social. Buenos Aires: Editorial El Manantial.
- CULLEN, Carlos (2004). Perfiles ético-políticos de la educación. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- CULLEN, Carlos (2007). Resistir con inteligencia. Reflexiones éticas sobre educación. México: Editorial Pueblo Nuevo.
- CULLEN, Carlos, Entre desarrollo y educación; ética, ¿dónde habitas//?, Conferencia publicada en Revista Educarnos, Año I, Montevideo, Mayo 2008.
- FORNET-BENTANCOURT, Raúl (2000). Interculturalidad y globalización. Ejercicios de crítica filosófica intercultural en el contexto de la globalización neoliberal, Frankfurt: DEI.
- FORNET-BENTANCOURT, Raúl (2009). Interculturalidad en procesos de subjetivación. México: Consorcio Intercultural.
- ESPOSTO, Roberto, HOLAS, Sergio. Rodolfo Kusch: Hacia una condición postcolonial pensada desde categorías epistemológicas situadas. En <http://www.dissidences.org/4EspositoHolasKusch.html>. Consulta realizada 4 de diciembre de 2011.
- GILARDONI, Yudith, PORTA, Cristina, Motta de Souza, Dinorah (2008). La relación entre educación y desarrollo: entre el mercado de trabajo y la equidad, Montevideo, inédito.
- HINKELAMMERT, Franz (1997). El huracán de la globalización: la exclusión y la destrucción del medio ambiente vistos desde la teoría de la dependencia, Revista Pasos Nº 69, San José de Costa Rica.
- KUSCH, Rodolfo (1975). “Dos reflexiones sobre la cultura”, en Cultura popular y filosofía de la liberación, Buenos Aires: F. García Cambeiro.
- KUSCH, Rodolfo (1975). América Profunda. Buenos Aires: Editorial Bonum.
- KUSCH, Rodolfo (1976). Geocultura del hombre americano, Buenos Aires: Fernando García Cambeiro.
- LANGON, Mauricio. Geocultura. Publicado en: Salas Astrain, R. (dir.): Pensamiento Crítico Latinoamericano; Conceptos Fundamentales. Santiago de Chile, U. Católica Silva Henríquez, 2005, v. II. Consultado en: http://www.uruguayeduca.edu.uy/Userfiles/P0001_5CFile_5Cgeocultura_1.pdf
- LANGON, Mauricio, Identidad, estudio de un concepto en el contexto actual, 1998.
- LARROSA, Jorge (2009): Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes. Serie Encuentros y Seminarios, Dpto. de Teoría e Historia de la Educación, Universidad de Barcelona, en: http://www.ses.me.gov.ar/curriform/publica/oei_20031128/ponencia_larrosa.pdf, Consulta: 02.04.09
- MAÑAN, Oscar, Revisitando el desarrollo: los nuevos imaginarios son desafíos civilizatorios, en Revista Problemas del Desarrollo, 162, julio-setiembre 2010.
- MOTTA DE SOUZA, Dinorah (2008). Identidades culturales, desarrollo y educación, Montevideo, inédito.
- PAGANO, Carlos María, Rodolfo Kusch: a 30 años de la muerte del filósofo abiyalense, en <http://www.elortiba.org/kusch.html>. Consultado el 25/11/2011.
- RULLI, En memoria de Rodolfo G. Kusch, en <http://www.elortiba.org/kusch.html>. Consultado el 25/11/2011.
- SEN, Amartya (2000). Desarrollo y Libertad, Buenos Aires: Ediciones Planeta.
- SERNA, Miguel, SUPERVIELLE, Marcos (2009), “¿Para qué seguir con la sociología del desarrollo?”, en El Uruguay desde la Sociología Nº VII. Montevideo: Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UDELAR.
- VIÑAO FRAGO, Antonio, Historia de la educación e historia cultural. Posibilidades, problemas, cuestiones, Facultad de Educación, Universidad de Murcia. <http://educa.fcc.org.br/pdf/rbedu/n00/n00a05.pdf>